

REMITIDOS.

SAME, REACTOR DEL DIARIO DE LA MARINA.
—Méjico, 22 de noviembre.

Al infatigable celo de la marina, el general del parlamento de Guayaquil para la conservación del orden y tranquilidad en los límites del territorio a su cuidado se ha dedicado una vez más la pronta averiguación de los delitos y faltas tan frecuentes por desgracia en estos países. Algunos de los más graves han sido cometidos por el personal de la marina, que en su mayoría son de la fuerza armada, y no se ha podido sancionar a los faltivos. Cabezas la sanción hoy de recomendación un acto de ero y actividad por parte de aquél funcionario en el descubrimiento de un hecho que las demás autoridades no han querido o no pudieron denunciar, que relata lo que pasó la noche de Guayaquil y Heyburn, en concreto en el punto resultante de la noche 14 en horas tempranas.

—Lo confieso, porque conozco que debiera

mores de mi debilidad.

—No sé si tuve el gusto de hacerlo. Yo sé que compadece de todas las penas; he sido Joven. Sin embargo has rendido para las penas de amores.

—Es verdad.

—Lo ausencia, no contando la parte de los tormentos más crueles, el más cruel después de la muerte. Pero se eure uno que apresó a su hermano. Sin embargo has rendido para las penas de amores.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sabes de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza de cierto rango que haya muerto recientemente en París, muriendo hablando consigo mismo.

Abi ofidió una clase de suspicacia...

—El círculo de aquella a quien se animó a

alguno de sus conocimientos al principio, al final.

—No era la bella Gabrilia, que se vio obligada a ser la bella Gabrilia.

—Esperanza se puso a risa y volvió el rostro

prácticamente al mismo tiempo que Cillón, sin

infection multigosa, fijo en sus ojos, que durante

su infección habían estado distractados y mu-

rando al suelo.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sa-

bés de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza

de cierto rango que haya muerto recientemente

en París, muriendo hablando consigo mismo.

Abi ofidió una clase de suspicacia...

—El círculo de aquella a quien se animó a

alguno de sus conocimientos al principio, al final.

—No era la bella Gabrilia, que se vio obligada a ser la bella Gabrilia.

—Esperanza se puso a risa y volvió el rostro

prácticamente al mismo tiempo que Cillón, sin

infection multigosa, fijo en sus ojos, que durante

su infección habían estado distractados y mu-

rando al suelo.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sa-

bés de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza

de cierto rango que haya muerto recientemente

en París, muriendo hablando consigo mismo.

Abi ofidió una clase de suspicacia...

—El círculo de aquella a quien se animó a

alguno de sus conocimientos al principio, al final.

—No era la bella Gabrilia, que se vio obligada a ser la bella Gabrilia.

—Esperanza se puso a risa y volvió el rostro

prácticamente al mismo tiempo que Cillón, sin

infection multigosa, fijo en sus ojos, que durante

su infección habían estado distractados y mu-

rando al suelo.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sa-

bés de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza

de cierto rango que haya muerto recientemente

en París, muriendo hablando consigo mismo.

Abi ofidió una clase de suspicacia...

—El círculo de aquella a quien se animó a

alguno de sus conocimientos al principio, al final.

—No era la bella Gabrilia, que se vio obligada a ser la bella Gabrilia.

—Esperanza se puso a risa y volvió el rostro

prácticamente al mismo tiempo que Cillón, sin

infection multigosa, fijo en sus ojos, que durante

su infección habían estado distractados y mu-

rando al suelo.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sa-

bés de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza

de cierto rango que haya muerto recientemente

en París, muriendo hablando consigo mismo.

Abi ofidió una clase de suspicacia...

—El círculo de aquella a quien se animó a

alguno de sus conocimientos al principio, al final.

—No era la bella Gabrilia, que se vio obligada a ser la bella Gabrilia.

—Esperanza se puso a risa y volvió el rostro

prácticamente al mismo tiempo que Cillón, sin

infection multigosa, fijo en sus ojos, que durante

su infección habían estado distractados y mu-

rando al suelo.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sa-

bés de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza

de cierto rango que haya muerto recientemente

en París, muriendo hablando consigo mismo.

Abi ofidió una clase de suspicacia...

—El círculo de aquella a quien se animó a

alguno de sus conocimientos al principio, al final.

—No era la bella Gabrilia, que se vio obligada a ser la bella Gabrilia.

—Esperanza se puso a risa y volvió el rostro

prácticamente al mismo tiempo que Cillón, sin

infection multigosa, fijo en sus ojos, que durante

su infección habían estado distractados y mu-

rando al suelo.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sa-

bés de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza

de cierto rango que haya muerto recientemente

en París, muriendo hablando consigo mismo.

Abi ofidió una clase de suspicacia...

—El círculo de aquella a quien se animó a

alguno de sus conocimientos al principio, al final.

—No era la bella Gabrilia, que se vio obligada a ser la bella Gabrilia.

—Esperanza se puso a risa y volvió el rostro

prácticamente al mismo tiempo que Cillón, sin

infection multigosa, fijo en sus ojos, que durante

su infección habían estado distractados y mu-

rando al suelo.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sa-

bés de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza

de cierto rango que haya muerto recientemente

en París, muriendo hablando consigo mismo.

Abi ofidió una clase de suspicacia...

—El círculo de aquella a quien se animó a

alguno de sus conocimientos al principio, al final.

—No era la bella Gabrilia, que se vio obligada a ser la bella Gabrilia.

—Esperanza se puso a risa y volvió el rostro

prácticamente al mismo tiempo que Cillón, sin

infection multigosa, fijo en sus ojos, que durante

su infección habían estado distractados y mu-

rando al suelo.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sa-

bés de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza

de cierto rango que haya muerto recientemente

en París, muriendo hablando consigo mismo.

Abi ofidió una clase de suspicacia...

—El círculo de aquella a quien se animó a

alguno de sus conocimientos al principio, al final.

—No era la bella Gabrilia, que se vio obligada a ser la bella Gabrilia.

—Esperanza se puso a risa y volvió el rostro

prácticamente al mismo tiempo que Cillón, sin

infection multigosa, fijo en sus ojos, que durante

su infección habían estado distractados y mu-

rando al suelo.

—No quería suponer ni por un momento que ella no os amara... es una hipótesis absurdísima.

—No me preocupa, dijo Esperanza: ya sa-

bés de lo que mi corazón quería decir...

No habló.

Cillón sin escucharle confirmó inmediatamente.

—No conozco ninguna mujer de cierta belleza

